Campe, Joachim Heinrich

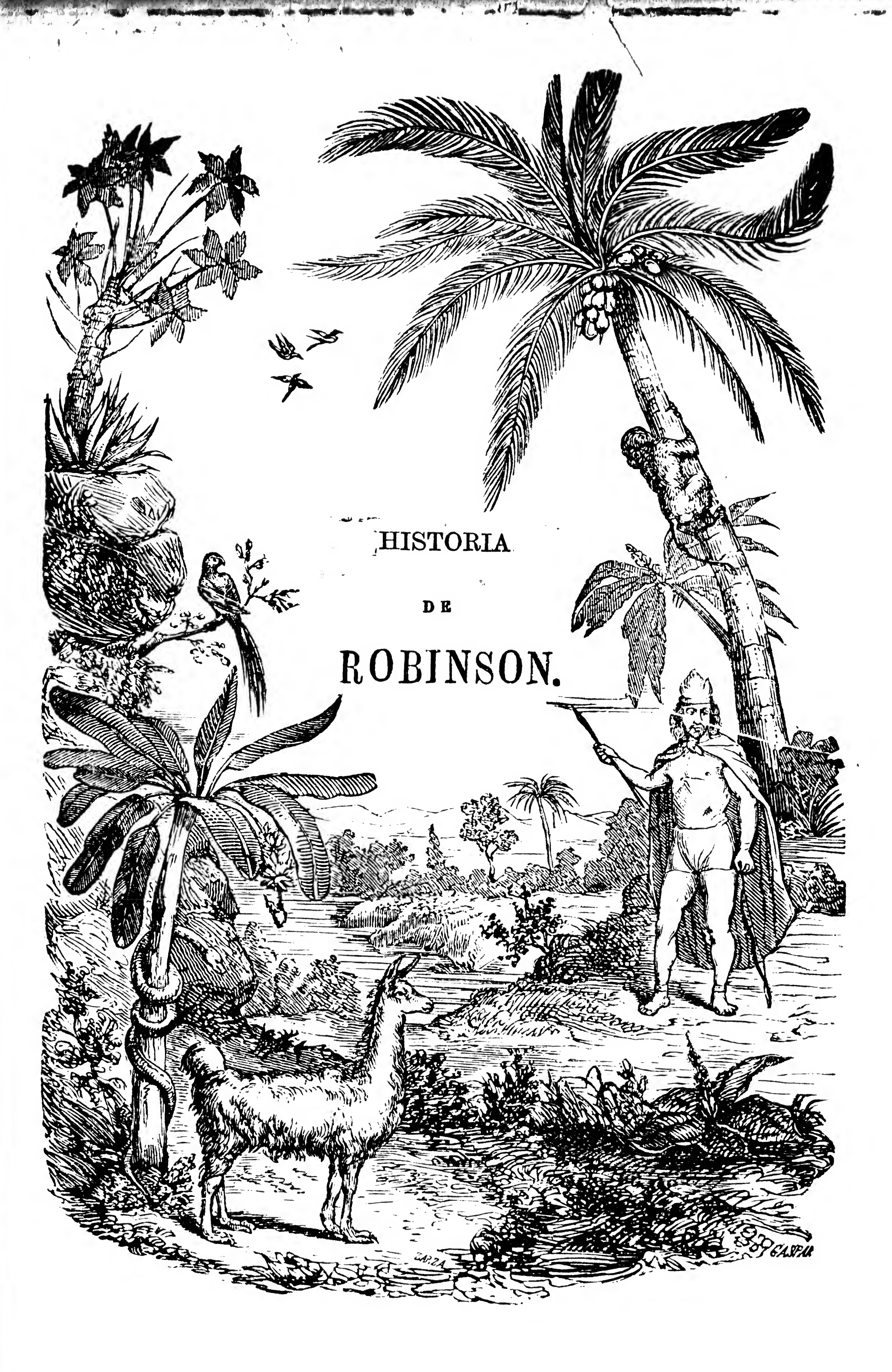
Historia del nuevo Robinson

Madrid

[1894?]

Reel: 41 Title: 14




HISTORIA
DE
ROBINSON.


ES PROPIEDAD




La historia verdadera del Nuevo Robinson que damos al público, es una de aquellas historias que son buscadas con afan y avidez por todas las personas que gustan instruirse con aquellos libros que, lejos de perjudicar la moral y buenas costumbres, las mejoran por los ejemplos que ofrecen.

En la historia de Robinson encontrarán los lectores un sinnúmero de ejemplos saludables y dignos de imitarse, porque todos ellos tienden á manifestar el agradecimiento que debe darse á Dios por los contínuos beneficios que nos prodiga á todas horas, y que aun en medio de las mayores adversidades no abandona á sus criaturas, antes al contrario, les tiende su mano protectora para sacarles de la infelicidad.

Robinson es una prueba de esta verdad, pues si bien por su capricho, ya mal aconsejado y desobedeciendo á sus padres se apartó del camino que le impusieran las leyes de la naturaleza, aunque sufrió mil trabajos y penalidades, como siempre tuvo confianza en Dios y le dirigió humildemente sus súplicas, no le abandonó jamás, y permitió que despues de sus miserias volviese al seno de la familia, de donde tan sin fundamento se habia apartado.

Pero de todos modos, debemos procurar huir de los escollos que se presentan á nuestra vista en medio de la vida fugaz, para lo cual creemos bastarán los ejemplos que le ponemos delante con la historia de un hombre que pasó inmensos trabajos por no escuchar los saludables consejos de sus padres.

De otra parte, siendo muchísimas las personas que han leido la obra de Robinson y tal gusto han sacado de su argumento, que ninguno ha podido olvidar los lances tan extraordinarios que le sucedieron á este héroe por lo mucho que maquinó para poder subsistir en una isla desconocida, frecuentada tan solo por salvajes.

Así es que no hay pueblo en España, grande ó pequeño, que deje de haber quien tenga noticias de las aventuras de Robinson; pero como unos lo cuentan salteado, otros con muy poca explicacion, hay muchos que desean leer esta obra tan agradable que no pueden conseguir, porque, por desgracia, no todos se hallan con medios para comprarla, esto es lo que ha dado lugar á componer este compedio, en el que por su órden hallará el lector por poco precio los acontecimientos más notables desde que Robinson salió del pueblo en que viera la primera luz hasta que regresó á él.

En todo se ha atendido á la utilidad de los jóvenes, y se ha adornado con algunos grabados para proporcionarles un atractivo que les haga más interesante la lectura.



HISTORIA

# DEL NUEVO ROBINSON,

SUS VIAJES Y PERMANENCIA

EN UNA ISLA DEL OCÉANO ATLÁNTICO.

## CAPITULO PRIMERO.

**Patria y padres de Robinson. Sus deseos de viajar.—Embárcase y sufre una tempestad que le arroja á Inglaterra.—Nuevo viaje. Llega á las islas Canarias.—Embárcase de nuevo para el Brasil, sufriendo otra tempestad más horrorosa que la primera; naufraga y se salva en una isla desierta.**

Vivia en la ciudad de Hamburgo un hombre apellidado Robinson que tenia tres hijos. Los dos primeros se le desgraciaron, quedándole solo el menor llamado Conrado á quien amaba más de lo que debiera. Crecia este sin saber á qué destinarle, pues aunque su madre queria que se dedicase al comercio, él no le tenia aficion y solo queria viajar para ver tierras, ó lo que es lo mismo, queria vivir con entera libertad.

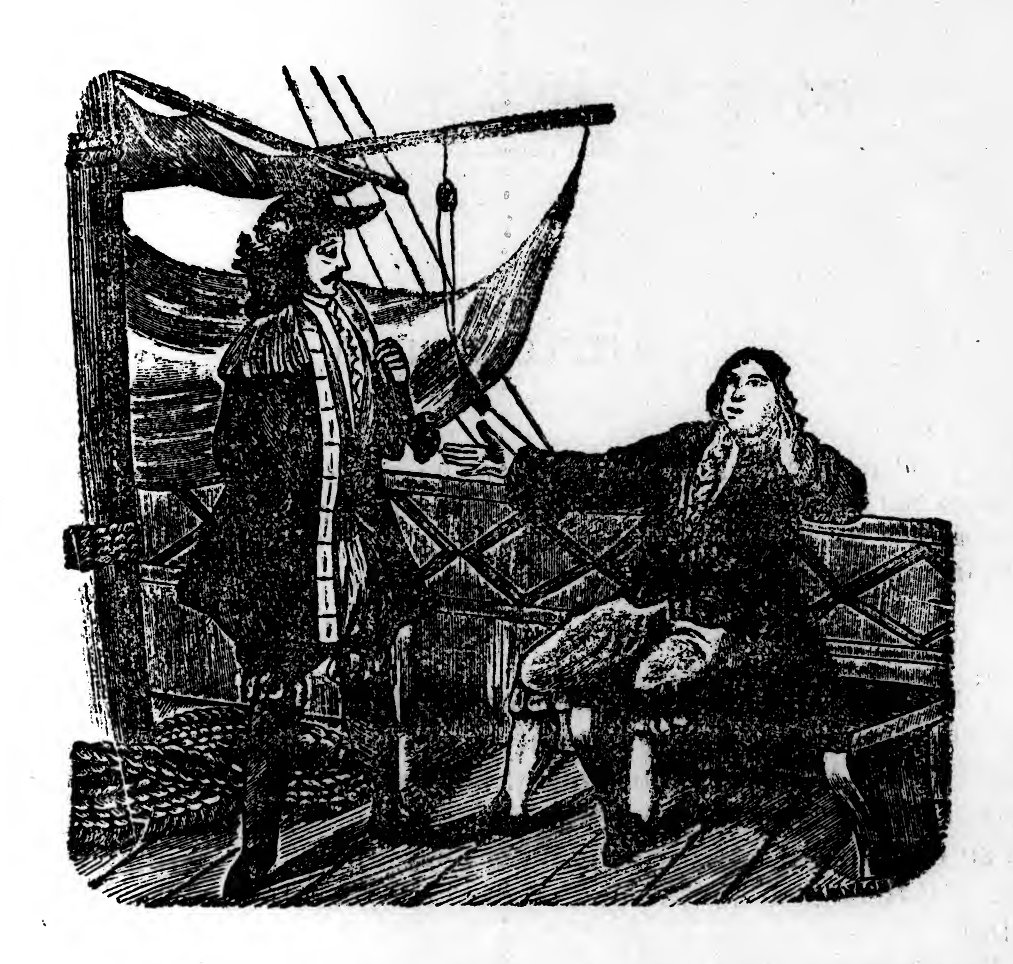
Ya habia cumplido diez y seis años y aun no sabia nada. Todos los dias pedia licencia á su padre para viajar; pero éste nunca se la concedia.

Un dia, segun tenia de costumbre, habia ido á corretear hácia el puerto y encontró un amigo. Este era hijo del capitan de un navío y estaba entonces para partir á Lóndres con su padre.

Propuso á Robinson le acompañase diciéndole que dentro de tres semanas estarian de vuelta. Robinson hizo alguna resistencia, mas al fin accedió á ello sin solicitar el permiso de su padre.

Embarcóse Conrado, á quien desde ahora llamaremos solo con el apellido de Robinson, que era el de su padre y por consiguiente el suyo, y navegaron dos dias sin novedad; pero al tercero una horrible tempestad les puso en inminente peligro. El navío hizo agua y todos los que en él iban hubiesen perecido á no haber llegado otro buque en su socorro que los recogió y condujo felizmente á Lóndres.

En cuanto llegaron á esta ciudad, Robinson, olvidando lo pasado y despreciando los consejos que le daba un honrado capitan para que se volviese con sus padres, se embarcó en otro navío para pasar á Guinea.



A los pocos dias de viaje fué impelido el buque por un viento fuerte que le arrojó hácia el Africa; mas por fin pudo llegar á las islas Canarias, donde desembarcó su tripulacion.

Teniendo necesidad el capitan del navío de hacer en él algunas composturas, Robinson, que era tan impaciente y antojadizo, se

casó luego de permanecer allí. En este tiempo habia llegado otro navío portugués que venia de Lisboa y que pasaba luego al Brasil: trabó amistad con el capitan, y apenas oyó hablar á éste de los muchos polvos de oro y piedras preciosas que hay en dicho país, se hubiera dejado sacrificar por ir allá.

El capitan portugués estaba pronto á llevarle sin pagar nada, y como además el navío inglés habia de detenerse lo menos quince dias, no pudo ya resistir el ánsia de ver tierras, y sin más rodeos se despidió de su amigo el capitan inglés, quien habiendo sabido en aquéllos dias por boca del mismo Robinson que andaba viajando sin permiso de su padre, se alegró de deshacerse de él.

Embarcóse Robinson para el Brasil con tiempo muy favorable, que duró varios dias consecutivos; pero de repente se levantó un furioso viento.

Las espumosas olas que se encrespaban como grandes casas, traian el navío de aquí para allí, continuando la tempestad seis dias, la cual les echó tan lejos que ya ni el capitan, ni el piloto podian saber dónde estaban. Sin embargo, consultando el mapa les pareció que se hallaban no muy distantes de las islas Caribes, habitadas por salvajes.

Al amanecer del sétimo dia causó un marinero extremado gozo á toda la tripulacion, exclamando:

—¡Tierra!... ¡tierra!...

Salieron todos sobre cubierta á ver la tierra, pero de repente todo su gozo se mudó en mortal pavor.

Encalló el buque y cuantos estaban sobre la cubierta sintieron un sacudimiento tan fuerte que cayeron trastornados. El viento soplaba con tal fuerza que no se podia esperar que el buque pudiese resistir algunos minutos más, á no ser que sobreviniese una calma como por milagro, y aun así no era posible que volviese á flotar, porque estaba fuertemente encallado en la arena.

Ya las olas inundaban la cubierta, y para no dejarse llevar de ellas todos tuvieron que refugiarse en las cámaras y en el entrepuente.

Oyéronse entonces lamentables gritos, gemidos y sollozos capaces de quebrantar un corazon de piedra. Unos rezaban, otros hacian exclamaciones desesperadas; algunos se arrancaban los cabellos, muchos se quedaban sin movimiento como cadáveres, y uno de estos era Robinson, que no sabia lo que le pasaba.

Los que no se hayan encontrado en situacion tan crítica y desesperada, no pueden formarse una idea de la consternacion en que estaban sumidos aquellos infelices náufragos.

Bien pronto gritaron:

—¡Se ha abierto el buque!

Esta horrible noticia les hace volver en sí. Acuden todos, echan

la lancha al agua con la mayor aceleracion y saltan en ella con algunas provisiones; mas era tanto el peso que sobre ella cargó que casi sumergida apenas sobresalia un palmo del agua.

La tierra quedaba tan distante y era tan violenta la borrasca que miraron como cosa imposible llegar á la costa.



Sin embargo, hicieron fuerza de remo, y ya el viento los iba acercando felizmente á tierra cuando viene una ola como un monte y estrellándose contra la lancha la vuelca y el mar embravecido absorbe á cuantos en ella iban.

Otra furiosa ola arrebató á Robinson y le arrojó hácia la costa, sacudiéndole con tal fuerza contra un peñasco, que el dolor le hizo despertar de su letargo.

Abrió los ojos y viéndose inesperadamente casi á la orilla, como sabia nadar hizo el último esfuerzo para acabar de llegar á ella.

## CAPITULO II.

Robinson da gracias á Dios por haberle salvado la vida.—Aquéjale el hambre y busca medio de satisfacerla.—Sube á la cima de un monte y conoce se halla en una isla.—Encuentra una cueva y construye en ella su morada.

Llegó Robinson á tierra, pero se desmayó al instante, y por muy largo rato permaneció sin sentido. Volviendo en sí se levantó y empezó á mirar á todas partes. Pero ¡oh dolor! sus compañeros habian perecido. Temblando y confuso entre el gozo y el temor, dió gracias



á Dios por haberle salvado. Pasada esta primera emocion empezó á reflexionar sobre su situacion, y mirando á todas partes no vió más que matorrales y árboles infructíferos, sin advertir el menor indicio de que estuviese habitada aquella tierra.

Tembló entónces considerando que iba á vivir solo y expuesto á morir de hambre, ó en manos de salvajes, ó devorado por las fieras. El temor le sobrecogió y no osaba moverse de donde se hallaba. El menor ruido le extremecia; pero una ardiente sed le sacó de aquel estado, obligándole á buscar alguna fuente ó arroyo. Felizmente halló

un agua deliciosa. En seguida buscó un paraje en que poder descansar, pues apenas podia tenerse en pié, mas no vió lugar alguno donde poder estar con seguridad, y resolvió subirse á un árbol y dormir entre sus ramas.

Despertó al amanecer y bajó del árbol terriblemente acosado del hambre, pues en todo el dia anterior no se habia desayunado. Anduvo de una parte á otra; pero fué grande su afliccion al no encontrar alimento alguno, ninguna fruta. Sin embargo, la necesidad le dió ánimo, y recorrió con cuidado la orilla del mar. Su buena suerte quiso que encontrase ostras con abundancia.

Estaba Robinson enagenado de contento por haber encontrado con que satisfacer el apetito; pero le inquietaba el no saber dónde guarecerse por temor á las fieras y salvajes. Su primer albergue habia sido tan incómodo que temblaba al pensar las noches que le esperaban si tenia que pasarlas del mismo modo. Pensando en su situacion se llenó de tristeza; pero al cabo de un rato procuró volver en sí invocando fervorosamente el auxilio de la Divina Providencia. Fortalecido con esto, se puso en marcha para buscar una guarida que en cierto modo pudiera servirle de asilo.

Lo que más sentia era no saber en qué parte de América se hallaba, si era tierra firme ó isla. Para adquirir algun conocimiento sobre esto se encaminó á un monte que descubrió á lo lejos, y á fuerza de fatiga llegó á la elevada cima, de donde pudo registrar muchas leguas en contorno. Vió entonces que se hallaba en una isla. Su afliccion fué grande al pensar que tenia que vivir solo, separado de los demás hombres; pero cobrando fuerzas dió voces por si alguien le respondia, mas fué en vano. Llegó á un cerro cuyo frente era escarpado, y examinándole atentamente descubrió un hueco de poca profundidad con una entrada algo estrecha. Considerando que los árboles que por allí habia eran semejantes á los sauces de su pais, pensó en socavar con las manos algunos de los más tiernos y plantarlos bien espesos enfrente del hueco, de suerte que formasen una especie de pared para que cuando creciesen pudiera dormir con seguridad.

Regocijado con tan feliz ocurrencia empezó inmediatamente á arrancar árboles, aunque con mucho trabajo, y llevarlos al puesto escogido para vivienda. Aquí era necesario cavar con las manos hasta abrir hoyos en que plantarlos, y como esta maniobra requeria mucho tiempo, á la caida del sol apenas habia podido trasplantar cinco ó seis. El hambre le obligó entonces á volver á la playa para buscar de nuevo algunas ostras; pero no las halló, pues por su desgracia era la hora del flujo ó pleamar, y así hubo de recogerse sin cenar. Subióse á un árbol y despues de haberse encomendado al Criador se durmió.

Despertó al amanecer y se dirigió á la playa en busca de ostras con ánimo de volver inmediatamente al trabajo; pero habiendo tomado

por distinto camino tuvo la fortuna de encontrar un árbol cuya fruta era bantante abultada, y aunque no la conocia le pareció podria comerse; echó una al suelo. Era cierta especie de nuez triangular del tamaño de la cabeza de un hombre poco más ó menos; la corteza exterior estoposa y compuesta de hebras como de cáñamo; pero la interior era tan dura como una concha de tortuga, de suerte que al momento presumió podria servirle de taza. El cuenco se componia de una sustancia jugosa que sabia á almendra dulce, y en el centro halló una leche tambien dulce y sabrosa. Este árbol, comun en América, se llama cocotero y su fruta lo que llamamos coco. Para el hambriento Robinson fué esto un espléndido banquete. El árbol era bastante crecido, mas no se descubria otro en toda la comarca.

Robinson habia quedado satisfecho, pero no por eso dejó de acudir á la playa en busca de ostras. Aunque en corto número halló algunas y las guardó para el medio dia, continuando la tárea del dia anterior.

Recogió en la ribera una gran concha, que sirviéndole de azadon le facilitó el trabajo. Descubrió tambien una planta cuyo tallo se componia de hebras. Esta planta era la que se llama mimosa en América y pita en nuestro país. En otra ocasion no hubiera reparado en tan menudas cosas, pero entonces nada miraba con indiferencia por si en algo podia aprovecharle. Efectivamente, con dichas hebras, despues de algunos ensayos, logró hacer algunos cordeles que fueron bastante para atar su concha á la punta de un palo y logró tener un instrumento muy semejante á la azada de los labradores.

Prosiguiendo luego su obra fué plantando árboles hasta que cerró la plazuela con una especie de empalizada. Como una sola hilera no le pareció suficiente muro para resguardarle, no perdonó fatiga para plantar otra segunda. Entretegió luego con ramas las dos hileras, y aun le ocurrió el pensamiento de llenar con tierra el espacio que quedaba entre ambas, logrando fabricar una tapia sólida que sin gran pujanza no pudiera derribarse,

Regaba su plantío con agua de una cercana fuente, sirviéndole de regadera su escudilla de coco, y antes de mucho tiempo tuvo la satisfaccion de ver que sus árboles brotaban y reverdecian, ofreciendo ya la vista más deliciosa; entonces intentó no dejar puerta en su habitacion, sino plantar más árboles que cerrasen del todo la única entrada que quedaba. Con este objeto trató de hacer una escala de cuerda que le sirviese para entrar y salir en su vivienda.

De allí á poco halló una piedra, que al verla le causó el mayor regocijo, pues tenia la figura de una hacha con su filo, y lo que es más, un agujero en que podia entrar un palo, con lo cual quedó dueño de una hacha. Tambien habia encontrado otras dos piedras, de las que la una tenia la figura de un mazo, y la otra de una cuña. Supo inge-

niarse tan bien que fijando en la tierra y en la peña la cuña y dando en ella con el mazo desprendió muchos pedazos. De este modo en pocos dias le pareció haber dejado ya concavidad bastante para servirle de receptáculo y abrigo.

Habia cogido de antemano gran cantidad de yerba y puéstola á secar al sol. Cuando estaba seca la llevó á su cueva para hacer una buena cama. Con tan acertada providencia consiguió volver á dormir acostado como los racionales, despues de haberse visto obligado á recogerse sobre un árbol como los pájaros. ¡Qué deleite para él poder al fin reclinar los fatigados miembros sobre una cama de yerba!

El dia siguiente era domingo, y consagrándole al descanso y á la oracion, pasó Robinson largas horas arrodillado, levantados al cielo los húmedos ojos y pidiendo á Dios se dignase perdonar sus yerros y bendecir y consolar á sus desventurados padres.

Reiteraba al Supremo Criador las veras de su reconocimiento por los maravillosos auxilios que le habia deparado en una estrechez tan deplorable como la de hallarse abandonado de todo género humano, y le prometia enmendarse cada vez más y perseverar en su cristiana obediencia.

Para no olvidar el órden de los dias de la semana y saber á punto fijo cuándo era domingo, pensó en hacer un calendario; pero no teniendo papel ni otro recado de escribir, eligió cuatro árboles de corteza lisa y poco distantes unos de otros. En el mayor de ellos señalaba cada tarde con una piedra cortante una rayita que denotaba haber pasado un dia. A las siete rayas ya conocia que la semana estaba concluida y entonces pasaba á señalar en el segundo árbol otra raya que significaba una semana. Cuando en este segundo árbol habia cuatro rayas señalaba una en el tercero para indicar que habia pasado un mes. Por último, cuando estas rayas de los meses llegasen á doce pensaba señalar con otra en el cuarto árbol el año cabal que hubiese corrido.

Entretanto habia apurado casi todos los cocos del único árbol de ellos que hasta entonces habia descubierto, y escaseando ya tanto las ostras en la playa, que no le bastaban para alimentarse, empezó á vivir con sobresalto y á recelar llegase á faltarle el mantenimiento.

## CAPITULO III.

**Robinson emprende una caminata para recorrer la isla.—Descubre una manada de llamas, mata uno y lo lleva consigo.—Una tempestad horrorosa le pone en el mayor pavor.—Cae un rayo sobre su cueva y le proporciona tener fuego.**

Contenido y acobardado hasta aquel dia no se habia atrevido á alejarse mucho de su morada, temiendo á los animales feroces y á los hombres, que no serian menos, si acaso los habia en aquel país; pero la necesidad le obligó á vencer la repugnancia, prefiriendo cualquier género de muerte á la del hambre.

Resolvió, pues, ponerse en camino con la ayuda de Dios, y trató de fabricar un quitasol que le resguardase. Formó con vástagos de sauce un enrejado en figura de media naranja, y por el centro atravesó un palo asegurándole con cordel. Cogió luego las hojas más anchas de su cocotero y las prendió con espinas de peces sobre a que armazon. De este modo llegó á fabricar un quitasol tan bien ajustado que no podian penetrarle los rayos del sol. Animado con lo bien que le habia salido este trabajo, pensó en hacer un morralito para guardar las provisiones que encontrase. Con los cordeles más delgados que habia fabricado tegió una red y formó un saco, á cuya boca ató un cordel grueso para colgarlo al cuello. Fué tal la alegría que le causó el buen resultado de su trabajo que no durmió aquella noche.

Aun no asomaba el sol cuando levantándose Robinson se dispuso inmediatamente para la jornada. Se colgó el morral al cuello, se ciñó el cuerpo con una cuerda para llevar el hacha, tomó el quitasol y empezó el viaje con alentado espíritu.

Era la mañana muy apacible, lo que contribuyó mucho á animar á nuestro héroe. Receloso todavía con el miedo de los animales montaraces y á los salvajes evitó cuanto pudo atravesar selvas espesas y matorrales, procurando más bien caminar por terrenos escuetos donde pudiese extender la vista libremente; pero aquellos mismos terrenos eran los más estériles de la isla, de modo que llevaba andado un largo trecho sin haber hecho el menor descubrimiento.

Divisó una espesura y le pareció conveniente el acercarse á ella. Eran unas plantas muy apiñadas formando un bosquecillo, y advirtió que en unas habia flores rojizas y en otras blancas, y algunas tenian en lugar de flores unas frutitas verdes del tamaño de cerezas. Mordió una, pero conoció que no se podia comer. Arrancó la planta y al hacer esto vió que de las raices pendian otras casi redondas. Sospechó que podia ser aquello el verdadero fruto de la planta, y probó uno

pero lo halló duro é insípido. Ocurrióle echar unos cuantos en su morral para examinarlos cuando estuviera más despacio. Este fruto eran patatas, que Robinson nó habia visto nunca, pues en aquel tiempo no se conocian en Alemania.

Pasó adelante, pero muy despacio y con mucho tiento, asustándose al más leve rumor y echando mano á su hacha para defenderse si era necesario. De repente un lejano estrépito le infundió nuevo sobresalto. Miró á todas partes horrorizado y á pocos instantes vió venir un tropel de ciertos animales silvestres del tamaño de un ciervo y muy semejantes á los camellos aunque no tenian corcoba. Estos animales, desconocidos para Robinson y muy abundantes en América, se llaman llamas.

En cuanto Robinson vió aquel ganado sintió un vivo deseo de comer carne. Se escondió detrás de un árbol y empuñando el hacha aguardó que pasasen junto á él. Al primero que se acercó le sacudió un golpe con el hacha y le rindió muerto á sus piés. Hasta que le hubo muerto no pensó de qué modo guisaria la carne: cargó con él al hombro y se dirigió á su morada. Al paso encontró siete ú ocho árboles de limones, recogió algunos maduros y siguió su camino.

Lo primero que hizo en cuanto llegó fué desollar el llama, sirviéndole de cuchillo una cortante piedra, tendiendo la piel al sol para que algun dia le fuese útil. Luego cortó un cuarto trasero para asarle. Para esto su primer cuidado fué disponer un asador; dió por el pié á un árbol delgado, le quitó la corteza y aguzó por la punta. Buscó luego un par de ramas en figura de horquilla para sostenerle y clavólas en el suelo. Todo estaba ya dispuesto, pero no tenia lumbre. Habia oido decir en su tierra que los salvajes encendian fuego frotando dos palos uno contra otro: para esto cortó de un tronco seco dos zoquetes y los refregó tanto el uno contra el otro que se le bañó el rostro en sudor. Sin embargo, no podia conseguir su intento, porque cuando los maderos llegaban á calentarse hasta humear ya él estaba tan cansado que por fuerza tenia que parar para recobrar aliento; entretanto se le enfriaba la madera y quedaba inutilizado su trabajo.

Desesperado tiró los maderos, y recordando haber oido decir que los tártaros ponian la carne debajo de la silla del caballo y cocerla á fuerza de galopar, quiso hacer otra prueba. Buscó dos piedras anchas y lisas y colocando entre ellas la carne empezó á dar con el mazo en la piedra de encina. A poco rato advirtió que la carne se habia calentado, y animándose á continuar los golpes, en poco más de media hora halló la carne tan tierna que se podia comer. Esprimió sobre ella un poco de zumo de limon, con lo que le pareció deliciosísima. Como ya era tarde, se acostó en seguida.

Al dia siguiente quiso hacer otra cacería; pero no pudo. Una furiosa tempestad le impidió salir de la cueva, mas esta misma tem-

pestad le proporcionó lo que tanto deseaba. Un rayo que cayó sobre un árbol, le incendió, pudiendo así encender Robinson un tizo, con lo que tuvo lumbre para asar un trozo de llama. A fin de que no se le apagase formó un hornillo con ladrillos que fabricó de cierta tierra gredosa. Hizo tambien un grande hoyo en la tierra que le sirviese de sótano, y colocó un palo gordo sobre el hornillo para colgar alguna carne al humero. Estando cavando para hacer el sótano dió contra una cosa dura y por poco no quiebra el azadon. Presumió fuese alguna piedra; pero ¡cuál fué su sorpresa cuando vió que aquel cuerpo duro era oro puro! Sin embargo, en lugar de alegrarse le dió un puntapié y lo arrojó lejos de sí, diciendo:

—¡Oh vil metal que tanto ambicionan los hombres!... ¿De qué me sirves? De buena gana te cederia por un puñado de clavos ó cualquiera herramienta útil.

Al otro dia se dirigió á la playa en solicitud de algunas ostras: halló poquísimas, pero en cambio encontró una tortuga tan grande que pesaba cerca de un quintal. Cogióla como pudo y llevóla a su cueva, donde la mató á fuerza de golpes. Comió de ella lo que quiso y guardó lo demás en la concha superior echándole agua del mar para que se conservase.

Habia puesto por la mañana unas patatas entre el rescoldo para ver qué saldria: acordóse entonces de ello, y la nueva fruta estaba tan blanda y despedia un olor tan grato que convidaba á comerse. Mordió una y le supo tan bien que resolvió le sirviese de pan en lo sucesivo.

## CAPITULO IV.

Coge Robinson unos llamas y logra domesticarlos.—Un terremoto le ocasiona un susto terrible.—Desplómase parte de su vivienda y logra habitacion más capaz. —Se ingenia en hacerse un vestido de pieles y otras cosas útiles.—Le acomete una enfermedad que le pone á las puertas del sepulcro.

Despues de varios dias le ocurrió coger con lazos algunos llamas y domesticarlos. En efecto, logró coger una hembra con dos hijuelos. Su primer cuidado fué hacer una segunda cerca en que albergarlos por el estilo de la que rodeaba su morada. Domesticó los llamas, en especial á la madre, de quien se servia como bestia de carga y con cuya leche se alimentaba. Otro dia encontró sal, lo que le causó mucha alegría, pues ya podia hacer salmuera en que guardar la carne, porque con el agua del mar no se conservaba muy bien:

Pasó algun tiempo sin que hubiese la menor novedad, hasta que una noche, hallándose durmiendo, de repente tembló extraordinaria-

mente la tierra y se oyó un ruido espantoso. Despertó despavorido sin saber lo que le pasaba. Las terribles conmociones no se daban lugar unas á otras: continuaba un ruido subterráneo, y un furioso huracan derribaba los árboles y las peñas, y el mar bramaba de un modo espantoso; luchaban entre sí los elementos y parecia que la naturaleza tiraba á destruirse.

Acosado de mortales angustias salió al patio; pero no bien se hallaba en él cuando se desplomó sobre el sitio en que estaba su cama toda la mole de peñascos que coronaban la gruta. Robinson huyó al campo é iba subiendo por una montaña pelada para evitar que los árboles que caian le ocasionasen la muerte; pero instantáneamente vió abrirse en la montaña un anchuroso boqueron que vomitaba humo, llamas, ceniza, piedras y una materia líquida que se llama lava. A poco cesó el terremoto, calmaron los vientos, el boqueron de la montaña dejó de arrojar llamas y piedras, y se serenó el cielo. En esto empezó á amanecer, y Robinson echó á andar hácia su habitacion. Al llegar á ella vió á sus llamas sanos y salvos, que saltando corrian alegres á recibirle. Reparó que aunque se habia desplomado el peñasco no parecia imposible sacar de la cueva aquellos escombros, con lo que quedaba su habitacion doble capaz: el agua no habia penetrado en su cocina, y por lo tanto no se habia apagado la lumbre. Sacó los peñascos aunque con gran trabajo, y en seguida se dirigió á la montaña que habia arrojado llamas. donde halló entre las cenizas muchas piedras de cal.

Despues de esta ocurrencia, sólo pensó en cazar llamas que le sirviesen de provision para el invierno, aunque esta precaucion era inútil, pues en aquel país no hay invierno. Hizo tambien acopio de otras varias cosas con lo que se creyó suficientemente prevenido. A poco tiempo empezaron unas lluvias muy copiosas. Este tiempo le era muy fastidioso, pues no podia salir de su cueva y no tenia en que ocuparse. Un dia le ocurrió la idea feliz de probar á fabricar algunas vasijas con aquella tierra gredosa de que abundaba la isla, y con la que habia hecho los ladrillos en otra ocasion.

A pesar de lo mucho que llovia salió en busca de barro, y se puso á trabajar. Despues de hacer y deshacer mil veces una cosa, logró en pocos dias fabricar algunas vasijas, como fué una olla, una lámpara, una cazuela y otras; pero no podia servirse de ellas, pues aun despues de cocidas en el horno se rezumaban y eran incapaces para contener líquidos. Reflexionó sobre la causa de esto y pensó consistiera en que no estaban barnizadas. Para conseguir esto hizo mil esperiencias y dió con ello humedeciéndolas en agua salada y poniéndolas en seguida en el horno. Por este medio logró hacer una porcion de ellas, que si no tan buenas coma las que salen de manos de los alfareros, para Robinson fueron de una utilidad inconcebible.

Prosiguiendo en ocuparse de otras cosas hizo una red para pescar, fabricó un arco y unas flechas, á las que puso por puntas espinas de peces; una lanza compuesta de un palo largo y una piedra puntiaguda. Arreglóse tambien como pudo é hizo un vestido de pieles, pues



la ropa con que se habia librado del naufragio estaba enteramente inútil. En fin, ya estaba preparado para todo, cuando una enfermedad que le sobrevino desbarató sus planes.

Sintiéndose reducido á una absoluta privacion de socorros, se vió amenazado del más duro trance en que puede hallarse un hombre. Por más que se abrigó con las pieles de llamas no pudo entrar en calor hasta pasadas dos horas largas, á las que siguió un ardor como de fuego que le abrasaba interiormente, rompiendo al fin en gruesas gotas de sudor, que le sirvió de algun alivio.

Por fortuna la enfermedad fué solamente un calenturon que le obligó á estar pocos dias en cama; pero en el ínterin se le apagó el fuego y hubieran perecido tambien las llamas á no tener la propiedad de poder pasar varios dias sin comer ni beber.

Levántose al fin Robinson y hallándose sin fuego ni carne cocida, se alimentó con leche de llamas hasta que pudo volver á salir de su morada. Pasó entretanto el tiempo de la convalecencia haciendo manteca con la leche, lo que consiguió con mucha facilidad.

El aire del campo, el uso moderado de la leche y la tranquilidad de espíritu ayudaron á su perfecto restablecimiento, y en pocos dias consiguió reparar las fuerzas y hallarse en estado de volver á las faenas acostumbradas.

## CAPITULO V.

**Se dedica Robinson á construir una canoa.—Emprende segundo viaje por la isla. —Desembarco de unos salvajes.—Libra de la muerte á un infeliz indio; se lo lleva á su vivienda y hace de él un grato compañero.**

En cuanto pudo salir de su albergue volvió á sus caminatas por la isla. En una de ellas encontró varias mazorcas de maiz, y en otra descubrió un árbol muy corpulento, aunque desconocido para él. El fruto abultaba como el coco, pero no tenia aquel casco interior ni aquella cubierta estoposa que le sirve de corteza, y todo él se podia comer, siendo de un sabor esquisito. Era el árbol de distinta figura que el que produce los cocos, pues no constaba como éste de un tronco seguido y una frondosa copa á manera de palma, sino á semejanza de nuestros frutales, se dividia en varias ramas pobladas de hoja. Mucho tiempo despues supo Robinson que aquel era el árbol del pan, llamado así porque su fruto, ya sea como se coge de la rama, ya molido y reducido á masa, sirve de pan á los salvajes.

Advirtió que el tronco de este árbol estaba algo hueco por un lado, por lo cual le pareció muy á propósito para hacer una barca ó canoa, con el objeto de salir de la isla y dirigirse á muerte ó á vida á la tierra firme de América, de donde no se creia lejos. Pero ¿cómo cortar un árbol tan útil sin saber si acertaria á hacer la canoa? Consideracion fué esta que le acobardó mucho. Tomó bien las señas del paraje en que se hallaba dicho árbol y se retiró á su vivienda con intencion de meditar sobre ello más profundamente.

Prosiguiendo su camino encontró lo que habia deseado por mucho tiempo, un nido de papagayos. Acércase á él, y alarga el brazo para introducirlo en el nido. Los pollitos más crecidos se le escaparon volando, solo uno se deja coger de Robinson; él muy ufano con su presa, se volvió á su morada y se acostó tan contento como si acabase de adquirir un amigo. A fuerza de paciencia consiguió domesticarlo y luego le sirvió de mucha distraccion.

Al dia siguiente y despues de haber reflexionado detenidamente sobre si construiria ó no la canoa, se decidió á ello, no dudando obtener un éxito favorable. Con este objeto salió de su morada y se dirigió al árbol del pan. Empezó á dar golpes con el hacha; pero su desconsuelo fué grande al ver que despues de emplear toda la mañana no habia adelantado casi nada. No obstante, determinó no desanimarse por esto y tomarlo como una diversion.

En efecto, repartió el tiempo de modo que le quedase un rato todos los dias para trabajar en la canoa.

Pasó tres años trabajando sin que le ocurriese nada digno de mencionarse, durante los cuales siguió alimentándose con carne medio cruda, con leche de sus llamas y algunos cocos y ostras.

Al cabo de este tiempo le ocurrió la idea de que en tanto tiempo que habitaba en la isla solo habia visto una pequeña parte de ella y se echaba en cara su falta de valor.

—¿Quién sabe, se decia, si acaso habria yo descubierto cosas que ahora me servirian de mucho?

Esta consideracion bastó para determinarle á no dilatar su jornada más que hasta el dia siguiente, y al momento empezó á disponer lo necesario para la caminata, dejándolo todo preparado antes de acostarse.

Al amanecer del siguiente dia cargó de víveres para cuatro dias á uno de los llamas; tomando las armas, echándose el quitasol al hombro y encomendándose á la Providencia se puso en camino con la mayor confianza.

Su designio fué enderezar su viaje lo más arrimado que pudiese á la orilla del mar y apartarse de los bosques para no exponerse á encontrar fieras

Nada notable le sucedió el primer dia: anduvo unas seis leguas, y cuanto mas caminaba más iba advirtiendo que el sitio de su mansion era el menos fértil de la isla. Por todas partes veia árboles, aunque para él desconocidos, y pasó la noche en uno de ellos.

Al segundo dia iba caminando con alegría cuando al tomar hácia una lengua de tierra que salia un poco al mar, retrocede de improviso, pálido el rostro, los miembros trémulos, mira alrededor y se queda imóvil. Era el caso que habia visto huellas de hombre es-

tampadas en la arena, y apenas las divisó se figuró que eran señales ciertas de habitar allí hombres bárbaros y crueles prontos á comerle, ó degollarle. Fué tanto su pavor que echó á correr como si alguien le siguiese para matarle; mas parándose de repente se le convirtió el miedo en horror. Vió un hoyo redondo y en su centro las cenizas de una hoguera recien apagada. Alrededor de este hoyo advirtió sembradas aquí y allí manos, calaveras, piés y varios huesos de cuerpos humanos, que eran indicios ciertos de haberse comido en aquel sitio carne humana.

Apartó Robinson la vista de aquel espectáculo, sintióse removido y hubiera caido desmayado á no haberse desahogado su naturaleza en provocar cuanto tenia en el estómago. Recobrada algun tanto su serenidad se puso en tan precipitada fuga que apenas el llama podia seguirle; pero el fiel animal corria tras él sin pararse. Era tal su miedo que los pasos del llama se le figuraban que eran los de un salvaje que le perseguia; mas al fin empezó á andar con paso menos acelerado.

Tanto se habia conmovido que en todo el dia no sintió hambre, y solo se detuvo una vez á apagar la sed en un manantial.

Creyó llegar con sol á su morada, pero no le fué posible, pues al anochecer se halló á cosa de una legua de ella, en una espaciosa llanura donde hacia apacentar sus llamas, y determinó quedarse allí á pesar de lo arriesgado que era. En toda la noche no pudo conciliar el sueño; contínuamente se le representaba el sangriento espectáculo que tanto horror le habia causado.

Al dia siguiente y una vez en su vivienda, conoció que el miedo del dia anterior habia sido excesivo; pero no por eso dejó de tomar algunas precauciones.

Empezó por plantar á la parte exterior de la empalizada que rodeaba su habitacion un bosque espeso que le ocultase por todos los lados. Con este objeto empleó varios dias en plantar más de dos mil sauces, que con tanta facilidad prendian; pero tuvo cuidado de plantarlos desordenadamente con el fin de que pareciese una espesura y no un plantío ordenado. Luego hizo un camino subterráneo desde el interior de la gruta hasta la espalda de la montaña, á fin de tener en caso necesario una salida para escaparse. Por último, para en caso de que los salvajes le sitiasen, procuró tener provisiones en abundancia y uno de los llamas en disposicion de dar leche, reservando para los animales gran porcion de yerba seca. De esta suerte se pasaron algunos años sin haber acaecido cosa alguna de contarse, hasta que le sobrevino un rarísimo acontecimiento que influyó en la fortuna de nuestro amigo más que cuanto le habia pasado desde que estaba en la isla.

Una mañana que trabajaba en ahondar su canoa, observó que á lo

lejos se levantaba un denso humo, y la curiosidad le obligó subir á la cumbre de una colina para descubrir la causa de aquella humareda. No bien llegó á lo alto cuando vió cinco ó seis canoas amarradas la orilla y unos treinta salvajes que con feroces gritos bailaban aldedor de una hoguera.

Volvió á su morada, se armó y encomendándose á la Providencia resolvió defender su vida hasta el último extremo, y en seguida se puso á observar los movimientos de los enemigos.

Divisó dos infelices á quienes los bárbaros llevaban arrastrando á la hoguera. Mataron á uno de los cautivos, echándose sobre él sin duda para descuartizarle. Durante esta operacion el otro desgraciado, encontrándose un poco libre concibió la esperanza de salvarse y pudo romper las ataduras que le sujetaban poniéndose en fuga con increible rapidez en direccion á Robinson.

El gozo, la confianza, el miedo y el horror se apoderaron alternativamente del ánimo de nuestro Robinson, asomándose á su semblante ya pálido, ya encendido. Sentia no poco regocijo al advertir que el prisionero llevaba mucha ventaja á sus perseguidores. En breve llega aquel cerca de Robinson. Entonces se inflamó este de un celo y valor que jamás habia esperimentado. Toma su lanza y sin dudar un momento echa á correr y se coloca entre el perseguido y los perseguidores: el que huia vuelve la cabeza, asústase al ver á Robinson cubierto de pieles, créele un númen celestial y duda si postrarse á sus piés ó huir de él. Pero Robinson, extendiendo los brazos, le dió á entender por señas que estaba allí para favorecerle, y volviéndose hácia los enemigos se puso en marcha contra ellos. Cuando estuvo á tiro del primero, esfuerza su valor, hiere con la lanza al salvaje enemigo y le deja tendido en el puesto

No habia Robinson concluido su tarea como él creia, pues bien pronto vió que el salvaje á quien creia muerto no estaba más que herido; pues apenas habia caido al suelo cuando recobrando nuevas fuerzas, tuvo las suficientes para volverse á levantar con ademan de hacer resistencia; pero advirtiendo esto Robinson secundó tan terrible empuje al cuello de su contrario que cayó sin vida á sus piés. Estando todavía el otro á cien pasos de distancia se detiene sorprendido, pone una flecha en su arco y despídela contra Robinson: dále el tiro en el pecho, más ya venia sin fuerza y así no le causó la más leve herida. No dió tiempo Robinson á su enemigo para repetir el tiro, y acometiéndole con la lanza le alcanzó y postró en tierra exánime.

Vuélvese hácia donde estaba el perseguido y le ve todavía inmóvil en el sitio en que se habia parado: le hace señas para que se acerque, el indio obedece, pero con miedo y en ademan suplicante; se humilla delante de su libertador, se arroja á sus plantas besando la tierra, y cogiéndole un pié lo puso sobre su cabeza para manifestarle

que era su esclavo; mas Robinson, ansioso de tener un amigo y no un siervo, le levantó y procuró acreditar por cuantos medios le ocurriesen, que le trataria con amistad.




Por órden de Robinson el indio se apoderó de los arcos y flechas de los perseguidores y enterró los cadáveres para evitar que sus compañeros llegasen á descubrir algo si acaso volvian á buscarlos. Hecho esto se dirigieron á su vivienda, pues Robinson creyó hacerse fuerte en ella si acaso se aproximaban los salvajes; mas por fortuna su temor fué vano, porque éstos se marcharon de allí poco despues. Dejaron las armas y sacó Robinson algo que cenar.

Aquel dia era domingo y Robinson quiso perpetuar su memoria poniendo el nombre de Domingo al indio libertado.

Este era un jóven de unos veinte años, de color tostado y reluciente, pelo negro y lanudo, la nariz pequeña, los labios delgados y los dientes blancos como el marfil. Tenia pendientes en las orejas y estaba enteramente desnudo.

Apenas cabia á Robinson en el pecho el gozo de haber logrado al cabo de tanto tiempo un amigo; pero ignorando el ingenio del indio creyó prudente para su seguridad mantenerle en cierta sujecion res

petnosa. Acostáronse en cuanto cenaron y se durmieron profundamente.

A la mañana siguiente fueron ambos á reconocer el sitio donde lo salvajes habian celebrado su bárbaro festin. ¡Qué espectáculo se ofreció á su vista! Empapada en sangre la tierra, huesos esparcidos..... Robinson manda por señas á Domingo que abra un hoyo y entierre aquellas feas reliquias. Mientras Domingo ejecutaba este mandato Robinson escarbaba las cenizas esperando hallar fuego; pero nada consiguió. Viendo esto Domingo cortó dos palos secos, los restregó uno contra otro hasta que se encendieron. Los envolvió en yerbas secas, lo cogió todo junto y llevándolo por el aire echó á correr. La rapidez de aquel movimiento sopló el fuego y levantó llama. Robinson se llenó de gozo, y tomando un tizon se apresuró á volver con Domingo á su vivienda.

Por este medio llegó á tener fuego segunda vez, llenándole de alegría. En seguida pensó en fortificar su morada algo más para ponerse al abrigo de cualquiera invasion de salvajes, lo que consiguió en pocos dias con la ayuda de Domingo. Hizo un foso alrededor de los árboles que cercaban su vivienda y plantó en su fondo una estacada; luego dirigió el agua del manantial cercano, de modo que llenase el foso y que pasase por el patio para en caso de verse sitiado no carecer de agua. Finalizado este trabajo y ayudándole Domingo, á quien enseñó un poco á hablar, concluyó su canoa.

## CAPITULO VI.

Consigue Robinson concluir la canoa.—Naufraga un navío cerca de la isla y Robinson se aprovecha de los objetos abandonados en él.—Combate con los salvajes.

Poseia Domingo la habilidad de hacer con las cortezas estoposas de los cocos ciertas telas muy á propósito para vestirse, y además sabia hacer cuerdas muy superiores á las que fabricaba Robinson. En poco tiempo concluyeron la canoa, poniéndola remos y una vela, é inmediatamente se echó al agua.

Embarcáronse en la canoa de allí á pocos dias llevando á bordo abundantes provisiones con intencion de dirigirse al continente de América; pero una tempestad les obligó á volverse, dejando la canoa amarrada á la orilla: otra tempestad que se siguió se la llevó por el mar adelante, dejando así desconsolados á nuestros dos amigos, que vieron perdido el fruto de su largo trabajo.

Durante esta tempestad oyó Robinson algunos cañonazos y persuadido de que seria algun buque que se hallaba perdido y pedia auxilio, encendió una hoguera. Al dia siguiente subió á un monte, desde donde vió un navío á lo lejos. Bajó prontamente á decírselo á Domingo; mas el navío estaba muy distante y no tenia la canoa para acercarse á él. Sin embargo, Domingo se ofreció á ir nadando hasta donde estaba.

Llegó felizmente cerca del navío y dió vueltas alrededor de él gritando por si alguien le oia; pero nadie respondió. Advirtió que estaba colgada la escalera, y subió por ella.

En cuanto llegó á la cubierta se espantó de ver un animal que no conocia, el cual apenas vió á Domingo empezó á dar aullidos extraordinarios. No tardó en callar y en mostrarse tan manso, que Domingo dejó te temerle y aun se atrevió á acariciarle. Anduvo el indio por toda la cubierta gritando, mas nadie le contestó. Mientras contemplaba absorto la multitud de objetos nuevos para él, se queda consternado al ver otro animal con astas muy retorcidas y una barba larga. Domingo dió un grito y se arrojó al mar. El perro de aguas se arrojó tras él.

Domingo, al sentir caer el perro en el agua, creyó que era el mónstruo de los cuernos, y fué tal el terror que le sobrecogió que á poco se ahoga; pero felizmente llegó á la orilla casi desmayado. Robinson, asustado, no omitió diligencia alguna para hacerle volver en sí. Entonces contó á Robinson el resultado de su viaje, el cual creyendo que la tripulacion del navío se habia salvado en alguna lancha, trató de aprovecharse de los efectos que habia en él. Pero ¿cómo hacer esto si no tenia la canoa? Ocurrióle hacer una balsa con varios maderos trabados entre sí y de este modo pudieron dirigirse á la embarcacion.

Se dió prisa á subir á bordo para examinar cuál era el cargamento y si estaba averiado. Tenia Domingo tan presente el susto de la antevíspera que con dificultad se determinó á acompañar á su amo.

Empieza Robinson á reconocer el navío, pasa de un camarote á otro, encontrando en todas partes mil cosas de infinito aprecio para él. Aquí halaba provisiones de galleta, arroz, harina, vino; allá cañones de artillería, fusiles, pistolas, sables, municiones; acá hachas, sierras, barrenas, martillos, clavos; mas allá pucheros, platos, cucharas, fuelles, tenazas y otros utensilios de cocina. Por último, encuentra cajones de ropa, medias, zapatos y otras muchas cosas, cada una de las cuales preferia al pedazo de oro que hacia tiempo tenia olvidado.

Domingo estaba atónito á la vista de tantos objetos, cuyo uso ni remotamente podia haber imaginado. Por otra parte, Robinson todo lo tentaba, todo lo cogia para volverlo á dejar apenas advertia otra cosa que le parecia preferible.

Empezó á discurrir qué llevaria en el primer viaje, y no acertaba á resolverlo. Al cabo fija la eleccion en dos barriles de pólvora y municiones; seis pequeños cañones de artillería, seis fusiles, pistolas, espadas, cuchillos de monte, dos vestidos completos y dos pares de zapatos; varios instrumentos y herramientas de carpintería; varios muebles, como sillas, mesas, etc.; un tonel de bizcochos, un saco de trigo y otro de maiz, la cabra y los papeles que habia en la cámara del capitan; un anteojo, una cajita llena de diamantes y un barril de polvos de oro: esto último lo llevaba con intencion de volvérselo á su dueño si algun dia lo encontraba.

Tanto se detuvo en registrar el navío que cuando concluyó la operacion solo faltaba una hora para que empezase á subir la marea, sin la cual no les hubiera sido dable volver á tierra. Robinson quiso dedicar este tiempo en comer á la europea, cosa en que no se habia visto hacia muchos años. Fué á buscar un trozo de vaca ahumada ó cecina, algunos arenques, bizcochos, manteca, queso y una botella de vino, y lo sirvió en una mesa de la cámara del capitan, sentándose cada uno en su respectiva silla. Domingo, que no conocia el modo de comer de los europeos, se veia muy atado sin saber manejar el tenedor, mas Robinson le enseñó á servirse de él. El vino se negó absolutamente á beberle; el bizcocho por el contrario le gustó mucho.

Subia ya la marea, y saltando ambos en la balsa se dejaron llevar suavemente por el flujo hácia la isla. Llegaron á la orilla y se dieron prisa á desembarcar los efectos de que iba cargada.

Robinson se retiró detrás de unas matas para ponerse el vestido completo que habia traido, presentándose de repente á Domingo. Sorprendido éste dió algunos pasos atrás, dudando si seria su amo. Robinson no pudo menos de reirse al verle tan admirado. Dióle un vestido de marino explicándole el uso de cada pieza y previniéndole fuese á vestirse detrás de un matorral. Obedeció Domingo, y no puede ponderarse cuán larga fué esta operacion, pues todo se lo ponia al revés. Por ejemplo, metió las piernas en las mangas de la camisa y los brazos en los calzones; pero él se fué amañando hasta que acertó.

Como poseian herramientas de todas clases, ya les fué fácil dar á su habitacion más ensanche y seguridad, á cuyo efecto hicieron una puerta y un puente levadizo, colocando alrededor los seis cañones ó pedreros. Tambien pudieron arar y sembrar trigo y maiz, hacer pan y otras cosas, con que pasaban una vida alegre.

De este modo trascurrieron algunos años sin ocurrencia particular, hasta que una mañana que Robinson estaba ocupado en varios negocios domésticos, envió á Domingo á la playa por tortugas. Poco despues volvió á todo correr y sin poder alentar de cansancio diciendo con balbuciente lengua:

—¡Ahí están, ahí están!

—¿Quién? preguntó Robinson asustado.

—¡Amo mio, amo de mi alma, seis canoas!... respondió Domingo.

Robinson subió aceleradamente á la colina y vió que Domingo decia verdad, pues distinguia las seis canoas llenas de salvajes próximas á la orilla. Bajó sin dilacion y confortando al trémulo Domingo, le preguntó:

—Dí, amigo mio, en caso de que nuestros enemigos se acerquen ¿tendrás valor y ardimiento para ayudarme con todas tus fuerzas?

—Con mi sangre y con mi vida, respondió su compañero.

—Pues bien, acudamos á impedir que esos mónstruos consigan su horrible intento.

En esto bajó del terraplen un cañon con su cureña de ruedas, tomó seis fusiles cargados, cuatro pistolas y dos sables, repartiéndolos entre él y el indio. Prevenidos de municiones tiraron del cañon, encaminándose valerosamente al campo por detrás de los matorrales hasta corta distancia de los enemigos, donde deteniéndose, dijo Robinson á Domingo se acercase con cautela y volviese á informarle de lo que viese. Trajo el indio noticia de que habia visto á los salvajes royendo los huesos de un prisionero, y que á corta distancia tenian otro atado de piés y manos que parecia ser blanco y barbado.

Alteróse Robinson con tales nuevas, y dejando los fusiles dió fuego al cañon. Al estruendo de éste caen los salvajes trastornados, como si hubiesen quedado mortalmente heridos. Pero despues, recobrandose los bárbaros, volvieron á sentarse alrededor de la hoguera, y dos de ellos se dirigieron al prisionero. Entónces Robinson, sin poder contener su cólera, dijo á Domingo:

—Tú vas por la izquierda, yo por la derecha; vamos allá con la ayuda de Dios.

Inmediatamente salen á campo raso y acometen á los salvajes: éstos se resisten; mas viendo el estrago que causaban en ellos las armas de fuego, se iban retirando á sus canoas.

Durante el combate Robinson desató al prisionero, que era español, y le dió armas para que se defendiese. Así que éste se vió armado se avalanzó furioso sobre sus asesinos, y acabó con dos de ellos. Ayudóle Domingo con otro fusil mientras Robinson cargaba los que se habian disparado. Al principio encontraron bastante resistencia los dos combatientes, pues el español peleaba por un lado con un valeroso salvaje. El español era el que más apurado se veia, pues aunque habia maltratado con dos tajos la cabeza del salvaje, las mismas heridas irritaron en tal extremo al bárbaro, que no le fué posible evitar que su adversario le cogiese por la mitad del cuerpo, le derribase en tierra y le quitase el sable de las manos para degollarle; pero Robinson, viendo en tan grande apuro al europeo, de un tiro levantó al

salvaje la tapa de los sesos, con lo cual quedaron libres de todos sus enemigos.

Despues de la batalla registró Robinson una de las canoas que habian abandonado los salvajes, y con la mayor admiracion encontró allí otro infeliz atado de piés y manos y que parecia más muerto que vivo. Apresuróse á desatarle y le ayudó á levantar; pero el desdichado no podia tenerse en pié y lo único que hacia era gemir. Como no era europeo, sino indio, llamó á Domingo para que le hablase en su lengua nativa.

Apenas Domingo fijó la vista en el prisionero cuando arrebatado súbitamente y fuera de sí, le estrecha en sus brazos, grita, llora, se maltrata rostro y pecho; en una palabra, parecia un delirante. Pasó largo rato antes que pudiese Robinson sacar de él esta breve respuesta:

—¡Es mi padre!

En seguida se trasladaron á su cueva, donde procuraron reanimar al español y al padre de Domingo, á quien Robinson puso por nombre Joviano, en atencion á ser jueves aquel dia.

## CAPITULO VII.

El español hace relacion de todas sus aventuras.—Robinson dispone que éste y el padre de Domingo vuelvan á su isla para traerse unos europeos y establecer una colonia.—Llegada de un navío inglés á la isla: sucesos que ocurrieron.—Regreso de Robinson á Europa.

Luego que el español estuvo restablecido contó su historia, por la que supo Robinson que era uno de los que iban en el navío que habia naufragado cerca de su isla, y del cual habian sacado todos los efectos que al presente constituian sus comodidades.

Robinson deseaba saber todas las particularidades de aquel naufragio y las causas que motivaron á abandonar el buque.

El español quiso satisfacer á Robinson con la relacion de sus aventuras del modo siguiente:

—«Nuestro navío era de los que se emplean en el comercio de negros. Veníamos de las costas de Africa, en donde habíamos vendido diferentes mercaderías de Europa á cambio de oro en polvo, dientes de elefante y negros. Unos ciento de éstos teníamos á bordo para conducirlos de venta á la isla de Cuba. Ya se nos habian muerto veinte por haberlos apiñado demasiado unos sobre otros en sitio muy estrecho. Un recio viento que duró bastantes dias nos alejó de nuestra direccion, echándonos hácia las costas del Brasil, y porque la embar-

cacion hacia agua, no nos atrevíamos á alargarnos al mar y fuimos costeando la tierra firme. De repente nos acometió otra tempestad de la parte del Poniente que nos extravió de la costa, y naufragamos de noche en unas rocas no muy distantes de una isla. Disparamos algunos cañonazos, haciendo todas las demás señales de pedir socorro con ánimo de no abandonar el bajel hasta el último trance.

»Tuvimos que quitar las prisiones á los esclavos negros para que nos ayudasen á dar á la bomba, pues el navío se nos iba llenando de agua; pero apenas se vieron sueltos se conjuraron contra nosotros, y apoderándose de las lanchas acudieron á salvar sus vidas y recobrar su libertad. ¿Qué recurso nos quedaba entonces? No podíamos valernos de la fuerza, puesto que solo éramos quince contra ochenta y muchos de ellos se habian hecho dueños de nuestras armas. Quedarnos sin lancha alguna en un navío que zozobraba era exponerse á perecer evidentemente. Recurrimos á exhortaciones y á súplicas, procurando persuadir á los que poco antes eran nuestros esclavos á que se quedasen en nuestra compañía como amigos ó nos llevasen en la suya. No puedo dejar de hacer el justo elogio de la generosa humanidad de los negros, los cuales, sin embargo de haber recibido de nosotros el más duro trato, se movieron á compasion y nos permitieron embarcarnos con ellos en las lanchas, bajo la condicion de que no llevásemos armas.

»Desarmados saltamos en las lanchas, y tan cargadas iban que á cada momento consentíamos en ahogarnos. Nos esforzábamos por acercarnos á la isla; pero el viento cambió y nos engolfó en alta mar á pesar del esfuerzo de los remeros. Entonces creíamos perecer infaliblemente, mas por fortuna las lanchas resistieron la tormenta, y cuando menos lo esperábamos nos vimos sin haber perdido un hombre en una isla desconocida para nosotros, donde desembarcamos. Los habitantes de ella, que eran humanos é inocentes, nos dieron acogida con suma beneficencia, y entre ellos hemos vivido desde entonces. Partian con nosotros sus escasos víveres, pues aquellos pobres salvajes solo se mantienen de pesca y algunas frutas silvestres que produce la isla.

»Hace pocos dias que una nacion vecina de bárbaros acometió á los de nuestra isla. Todos tomamos las armas, y hubiéramos creido faltar á la obligacion más sagrada, si no hubiésemos auxiliado á nuestros benignos hospedadores. He peleado al lado de este valeroso anciano, que como un leon enfurecido se metió en lo más fuerte de la refriega. Le ví cercado de enemigos, quise libertarlo y tuve la desgracia de quedar hecho prisionero junto con él.

»En este riguroso cautiverio hemos pasado dos dias con sus noches, atados de piés y manos y sin probar más alimento que algunos peces podridos de los que el mar arroja á la playa.

»Hoy al amanecer nos condujeron en canoas á ese lugar en que, segun costumbre de aquellos bárbaros, debíamos ser pasto de su voracidad. La Divina Providencia os trajo allí en favor nuestro, generosos varones, para redimirnos. Os debemos lo que jamás os podremos pagar.»

Calló el español, y lleno de agradecimiento empezó á verter copiosas lágrimas. Robinson le preguntó sobre quién era el dueño de la carga del navío, á lo que respondió que le habian fletado dos comerciantes de Cádiz, de los cuales uno habia comprado negros, y el otro, que abominaba semejante comercio, habia tomado oro en polvo á cambio de sus mercancías.

Informándose igualmente de quién sería el dueño de los diamantes y papeles interesantes que recogió, supo que unos y otros pertenecian á un pasajero inglés que se restituia á su país; pero que habiendo fallecido en el viaje, el navío español llevaba aquellos bienes para hacerlos trasportar á Inglaterra. Entonces Robinson mostró al español todos aquellos efectos, que desde entonces miró como un inviolable depósito confiado á su fidelidad.

En seguida Robinson propuso al español y á Joviano que volvieran á la referida isla en busca de los demás europeos para ofrecerles de su parte si querian venir á vivir en su compañía; pero antes de la partida dió el español una prueba, no solo de su honradez sino tambien de su sagacidad y prudencia, pues le manifestó que siendo los españoles marineros como él, no los tenia íntimamente conocidos para atreverse á salir por fiador de sus genios; en cuyo caso era de parecer que, como señor de la isla, formase una escritura ó contrato en que se expresasen las condiciones con que los habia de admitir, previniendo no se daria partido al que anticipadamente no aceptase dichas condiciones.

Contentísimo Robinson con la explicacion del español, extendió la contrata en estos términos:

«El que quiera establecerse en la isla de Robinson para gozar en ella las comodidades de la vida con que desde ahora se le brinda, debe obligarse á observar los pactos ó artículos siguientes:

1.° Conformarse en todo con la voluntad del señor legítimo de la isla, sometiéndose voluntariamente á cuantas leyes y estatutos tenga dicho señor por conducentes al bien del Estado.

2.° Ser activo, sóbrio y virtuoso, pues ningun ocioso dado á la gula ó disoluto será tolerado en la mencionada isla.

3.° Abstenerse de toda alteracion y de hacerse juez en causa propia, cualquiera que sea la ofensa que haya recibido, debiendo sí querellarse ante el señor de la isla, ó ante la persona en quien éste haya subdelegado el oficio de juez.

4.° Allanarse con tóda sumision á desempeñar las tareas que

exija el bien de la sociedad y ayudar, siempre que el caso lo requiera, al señor de la isla, aunque sea á costa de su sangre y de su vida.

5.° Si alguno osase rebelarse contra cualquiera de estas justas leyes, todos los demás indivíduos de la República estarán obligados á coligarse contra él, ya para obligarle á cumplir con lo que debe, ya para extrañarlo perpétuamente de la isla.

Y se exhorta á todos y cada uno á que reflexione con la más séria atencion el sentido de estos artículos y á que antes de firmarlo (lo cual equivaldrá á una promesa jurada) hagan firme resolucion de guardar inviolablemente las condiciones que en ellas se contienen.

ROBINSON.»

En cuanto estuvo lista la escritura determinaron que el español y Joviano partiesen despues de dejar sembradas unas tierras diez tantos á lo menos más extensas que las que antes cultivaban, en atencion á que el acrecentamiento de la colonia exigiria necesariamente mayor consumo diario de víveres.

Aplicáronse todos á la labranza y al cabo de dos semanas se hallaron en estado de emprender el viaje premeditado.

Ocho dias habian pasado y aun no parecian Joviano y el español, de suerte que ya daba cuidado su tardanza. Domingo no cesaba de correr á la playa por si podia descubrirlos, hasta que un dia vino muy apresurado diciendo á su amo:

—¡Que vienen, que vienen!

Robinson, al oir tan feliz nueva, sube al cerro y divisa una lancha que venia hácia la isla; pero dudando si seria la que estaban esperando, quiso cerciorarse con su anteojo, y lo que antes era duda ya era sobresalto. Volviéndose á Domingo, y le dijo:

—Aquella lancha es inglesa.

El isleño se sobrecogió. Se encaminaron á un cerro para descubrir mejor la costa del Norte, y no bien llegaron allí cuando se quedaron absortos advirtiendo un navío inglés de grueso porte anclado á una legua de distancia.

Excitáronse alternativamente en el ánimo de Robinson la alegría y la inquietud, pues no podia concebir qué podia haber obligado al capitan á navegar hácia unos parajes en que los ingleses no tenian establecimiento ni tráfico. Era de temer, por consiguiente, que fuesen piratas.

En los primeros años de su solitaria mansion hubiera tenido Robinson por gran felicidad haber caido en manos de piratas; pero cuando su situacion era más tolerable se extremeció solo al imaginarlo. Participó Domingo de sus recelos, y ambos se retiraron á observar á los que se acercaban y procurar descubrir sus designios. Apostados en un alto poblado de árboles vieron que la lancha, á cuyo bordo ve-

nian once hombres, habia llegado á la playa donde desembarcaron ocho armados y tres maniatados.

Era el caso que se habia sublevado la tripulacion contra el capitan, el piloto y otro navegante, y pensando que aquella isla estaba desierta determinaron saltar en tierra con intencion de dejarlos abandonados allí; pero Robinson sospechó esto mismo y se propuso desde luego dar auxilio al capitan, dándose tan buena maña, que entablando amistad con los sublevados pudo llegar á persuadir á los más de ellos, haciéndoles desistir de su depravado intento; solo tres de los principales motores de la sedicion insistian en llevar á cabo su abominable idea; pero al fin Robinson, por medio de una estratagema sagaz, y con ayuda de los de su parte, consiguió aprisionar á los delincuentes, con lo que el inglés volvió á ser dueño de su navío. Agradecido éste al favor que habia recibido de Robinson, le dijo:

—Vos sois, generoso mortal, quien me ha salvado y me ha restituido el buque; de él y de mi persona podeis disponer á vuestro albedrío.

Robinson contó en breves razones lo principal de sus aventuras, que causaron singular admiracion al capitan. Luego le preguntó éste qué le mandaba hiciese en favor suyo.

—Amigo mio, respondió Robinson; tengo que pediros por merced que aguardemos á que vengan los españoles y el padre de Domingo, recibiéndonos á bordo de vuestro navío con la obligacion de dirigir el rumbo á Inglaterra, tocando primero en Cádiz para desembarcar á los españoles, y que perdoneis la vida á los cabezas de la sedicion, sin imponerles otro castigo que el de quedarse en esta isla.

El capitan prometió á su protector que así lo ejecutaria todo.

Mientras esto pasaba llega Domingo con la noticia de que venia su padre y los españoles. No tardaron estos en saltar en tierra, siendo recibidos con regocijo; pero extrañando Robinson que entre ellos hubiese dos mujeres, el anciano se apresuró á informarle qne eran naturales de la misma isla de donde venian y que estaban casadas con dos de los españoles. Apenas entendieron estos que Robinson dejaba en la isla algunos marineros, le suplicaron les permitiese quedarse allí avecindados con sus consortes, respecto á las buenas noticias que tenian de aquel territorio.

Aprobó Robinson su solicitud celebrando se arraigase en la isla el establecimiento de una nueva colonia.

Despues de dejar arreglados algunos asuntos de importancia y embarcado todo lo necesario, llega la hora de la partida y con voz comprimida se despide por última vez de la isla y de los colonos que deja en ella, pasando á bordo en compañía de Domingo, Joviano y los demás españoles.

Fué la navegacion de las mas felices, porque á los veinticuatro

dias fondearon en Cádiz, desembarcando los pasajeros españoles.

Robinson halló al dueño de los polvos de oro, y se los entregó religiosamente. De allí pasaron á Inglaterra y á su llegada á Porstmouth encontró tambien á la viuda á quien pertenecian los diamantes.



Ultimamente, se dirigieron á Hamburgo, llegando con felicidad. Saltó Robinson en tierra y supo el fallecimiento de su madre. En seguida envió una persona que preparase el ánimo de su padre para recibir la inesperada noticia de la vuelta de su hijo, y poco despues parte á su casa. Llega y arrebatado de gozo le abraza estrechamente. Enmudecidos se quedaron los dos, hasta que en un torrente de lágrimas se desahogaron aquellos corazones oprimidos de regocijo,

Robinson y Domingo se dedicaron al comercio y pasaron sus largos y felices dias en aquella hermosa ciudad, amándose mútuamente y siendo apreciados por todos.

**FIN.**